

MOMBOY

Revista Arbitrada de Investigaciones y Temas para el Desarrollo Humano
Sustentable

EDITOR

Francisco González Cruz, Universidad Valle del Momboy, Venezuela

DIRECTOR

Pedro Frailán, Universidad Valle del Momboy, Venezuela

COORDINADORA

Domitila Peña Bastidas, Universidad Valle del Momboy, Venezuela, Universidad de Los Andes,
Núcleo Universitario "Rafael Rangel" Trujillo

Consejo de Redacción: Fortunato González, José Luis Briceño, Ana Linares, Betzabeth León,
Rina Tigrera, Alba Hernández, Fidel Moreno.

Consejo Consultivo: Antonio Elizalde Hevia (Chile), Luis Enrique Marius (CELADIC), Manuel
Fajardo (Colombia), Juan Pablo Corlazzoli (Uruguay), Rodulio Perdomo (Honduras) y Jorge
Arroyo (Ecuador). José del Rey Fajardo (Venezuela)

MOMBOY, se publica bajo los auspicios del Consejo Superior de la Universidad Valle del
Momboy. La revista no tiene propósitos comerciales y no produce beneficio material alguno a
sus editores.

Los conceptos emitidos en los textos publicados por la Revista Momboy, son de exclusiva
responsabilidad de sus autores. Por tal motivo, la revista no se hace solidaria por opiniones
vertidas en los artículos y demás escritos publicados.

Fondo Editorial Universidad Valle del Momboy

Número 11, año XI

Registro Legal:

(C) Universidad Valle del Momboy, Dirección de Publicaciones 2013

Hecho el Depósito de Ley

pp200102TR898

ISSN: 1317357X

Edición y montaje:

Portada: Imagen central ubicada en la capilla donde está la tumba del médico trujillano, Dr. José
Gregorio Hernández en La Candelaria, Caracas, Venezuela.

Impresión: Fondo Editorial Universidad Valle del Momboy

Correctora: Domitila Peña Bastidas

Impresión: Fondo Editorial Universidad Valle del Mombo

Valera, estado Trujillo, Venezuela

Correspondencia:

Universidad Valle del Momboy, Dirección de Publicaciones: Avenida Caracas, Quinta Las Palmas,
sector Plata I, Valera, estado Trujillo, Venezuela

Teléfonos: (0058) 0271-2211704, 0271-2218596, 0271-2218031

Web-site: www.uvm.edu.ve

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de
recuperación de información, ni transmitir alguna parte de esta publicación cualquiera que sea
el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación...) sin el permiso previo de los
titulares de los derechos de propiedad intelectual.

EL CAMINO HACIA EL FUTURO: Llevando consigo la memoria de las raíces

Jorge Mario Bergoglio¹

Somos parte de una sociedad fragmentada que ha cortado sus lazos comunitarios. Esta realidad se debe a un déficit de memoria, concebida como la potencia integradora de nuestra historia (...)

Por Jorge Ma. Bergoglio – Francisco

Párrafos escogidos del artículo del Papa Francisco que, con el mismo título, publicó Revista HUMANITAS 47 (julio-septiembre 2007)

La experiencia de la orfandad

Como punto de partida fenoménico quiero referirme a la experiencia de orfandad que es común en la vivencia de toda nuestra sociedad. Esta experiencia se caracteriza por tres dimensiones:

a) Dimensión de la discontinuidad de la memoria, relacionada con el tiempo y la historia. Discontinuidad: pérdida o ausencia de los vínculos en el tiempo y el entretejido socio-político que constituye a un pueblo. Somos parte de una sociedad fragmentada que ha cortado sus lazos comunitarios. Esta realidad se debe a un déficit de memoria, concebida como la potencia integradora de nuestra historia, y a un déficit de tradición, concebida como la riqueza del camino andado por nuestros mayores. Esto implica la ruptura y discontinuidad de un diálogo intergeneracional sobre las inquietudes y preguntas que unen al pasado con el presente y a éste con el futuro. Esta discontinuidad de la experiencia generacional prohíja toda una gama de

Artículo publicado por Jorge María Bergoglio (hoy Papa Francisco) en la Revista HUMANITAS 47 (julio-septiembre 2007) y reeditado en HUMANITAS 70 de abril 2013 de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

abismos y rupturas: entre la sociedad y la clase dirigente y entre las instituciones y las expectativas personales.

b) Dimensión del desarraigo: espacial, existencial y espiritual. Junto a la discontinuidad ha crecido también el desarraigo. Lo podemos ubicar en tres áreas: espacial, existencial y espiritual. Se ha roto la relación entre el hombre

y su espacio vital, fruto de la actual dinámica de fragmentación y segmentación de los grupos humanos. Se pierde la dimensión identitaria del hombre con su entorno, su terruño, su comunidad. La ciudad va poblándose de “no-lugares”, espacios vacíos sometidos exclusivamente a lógicas instrumentales, privados de símbolos y referencias que aporten a la construcción de identidades comunitarias.

Al desarraigo espacial se le unen el existencial y el espiritual. El primero vinculado a la ausencia de proyectos. Al romperse la continuidad con los lugares y con la historia, el hombre pierde herramientas que le permiten constituir su identidad y su proyecto personal. Se pierde la dimensión de pertenencia a un tiempo-espacio y esto afecta su dimensión identitaria, pues ésta es tanto sus raíces y su memoria como su proyecto de desarrollo personal.

La pérdida de las referencias espaciales y las continuidades temporales van vaciando también la vida del habitante de la ciudad de determinadas referencias simbólicas, de aquellas “ventanas”, verdaderos “horizontes de sentido” hacia lo trascendente, que se abrían aquí y allá, en la ciudad y acción humana. Se pierde el sentido de la trascendencia y por lo tanto el desarraigo alcanza también la dimensión espiritual. Así entonces, discontinuidad generacional y política, y desarraigo espacial, existencial y espiritual, caracterizan aquella situación que habíamos llamado, más genéricamente, de orfandad.

c) La caída de las certezas: Muchas de las certezas básicas que sirven de apoyo a la construcción histórica se han diluido, caído o desgastado. La patria, la revolución, incluso la solidaridad, tienden a ser vistas con curiosidad, burla o escepticismo. La pérdida de las certezas alcanza también a los fundamentos de la persona, la familia y la fe. Esta caída de las certezas, de pérdida de referencias, es de carácter global, se da a nivel mundial, constituyéndose en una nueva certeza del pensamiento contemporáneo. Aquí entroncamos con la crisis de la modernidad y los cuestionamientos a la razón. El desencanto frente a las promesas de la modernidad ha provocado el surgimiento de múltiples verdades y sentidos fragmentarios, parciales, particulares y desarraigados. Un pensamiento que se mueve en lo relativo y lo ambiguo, en lo fragmentario y lo múltiple, constituye el talante que tiñe no sólo la filosofía y los saberes académicos sino también la cultura “de la calle”. Es la época del pensamiento débil.

Globalización y pensamiento único

Con la experiencia de la orfandad y el desarraigo, las mujeres y los hombres pierden sus puntos de referencia con su lugar y con su tiempo, las raíces desde las cuales se paran y miran su realidad. Surge el relativismo como horizonte de la convivencia social y del quehacer político.

La pérdida de las certezas nos pone frente a un grave desafío sociopolítico. Este desafío, según Juan Pablo II, “es el riesgo de la alianza entre democracia y relativismo ético, que quita a la convivencia civil cualquier punto seguro de referencia moral, despojándola más radicalmente del reconocimiento de la verdad. En efecto, «si no existe una verdad última –que guíe y oriente la acción política-, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto»” (Veritatis Splendor 101; cita de Centesimus annus, 46). Y,

parece una contradicción, pero asumiendo el horizonte relativista, la globalización, en su forma actual, fomenta el desarraigo, la pérdida de las certezas, uniforma el pensamiento y elimina la diversidad constitutiva de toda sociedad humana. Su poder disgregador reduce a las personas a su dimensión económica y la capacidad de acción transformadora sobre la realidad se reduce a un rol de consumidores de mercancías.

La globalización es una palabra cargada de significación homogeneizante. Se tiende a marcar una sola línea de pensamiento, una sola línea de conducta, una sola línea de supervivencia, y lo que está detrás de todo esto es una única dirección cultural de la existencia. Una globalización que, en su aspecto negativo, nos despotencia de nuestra dignidad humana para hacernos bailar en la zaranda de la caprichosa, fría y calculadora economía de mercado.

Y frente a este proyecto que nos gregariza quitándonos lo propio, la Iglesia nos incita a poner en común aquello que nos diversifica, es decir, el carisma personal de cada uno, la pertenencia personal de cada uno a grupos, a partidos políticos, a organizaciones no gubernamentales, a parroquias, a diversos sectores. Esa particularidad que nos diversifica, la Iglesia nos pide que la pongamos en común para que de esa diversidad, el mismo Espíritu Santo que nos regaló la diversidad, nos regale la unidad plurifacética. Nada más alejado de lo hegemónico tanto de un proyecto globalizante, que uniformiza y elimina la diversidad como de un relativismo atomizador y despersonalizante.

Esto también debe leerse en la dirección inversa: ¿cómo puedo dialogar, cómo puedo amar, cómo puedo construir algo en común si dejo diluirse, perderse, desaparecer lo que hubiera sido mi aporte? La globalización, como imposición unidireccional y uniformante de valores, prácticas y mercancías, va de la mano con la integración entendida como imitación y subordinación cultural, intelectual y espiritual.

Entonces, ¿cuál es el camino?: ni profetas del aislamiento relativista, ermitaños localistas en un mundo global, ni descerebrados y miméticos pasajeros del furgón de cola, admirando los fuegos artificiales del Mundo (de los otros) con la boca abierta y aplausos programados.

La dinámica es más rica y más compleja. Los pueblos, al integrarse al diálogo global, aportan los valores de su cultura y han de defenderlos de toda absorción desmedida o “síntesis de laboratorio” que los diluya en “lo común”, “lo global”. Y –al aportar esos valores– reciben de otros pueblos, con el mismo respeto y dignidad, las culturas que les son propias.

El actual proceso de globalización desnuda agresivamente nuestras antinomias: un avance del poder económico y el lenguaje que lo asiste, que --en un interés y uso desmedido-- ha acaparado grandes ámbitos de la vida nacional; mientras --como contrapartida-- la mayoría de nuestros hombres y mujeres ve el peligro de perder en la práctica su autoestima, su sentido más profundo, su humanidad y sus posibilidades de acceder a una vida más digna. Juan Pablo II, en su Exhortación Apostólica “Ecclesia in America” se refiere al aspecto negativo de esta globalización diciendo: “...si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva consecuencias negativas: ...la atribución de un valor absoluto

a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, el aumento de la diferencia entre ricos y pobres y la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada...” (nº 20).

Junto a estos problemas, planteados ya en el plano internacional, nos encontramos también con una cierta incapacidad de encarar problemas reales. Entonces, a la fatiga y la desilusión parecería que sólo se pueden contraponer tibias propuestas reivindicativas o eticismos que únicamente

enuncian principios y acentúan la primacía de lo formal sobre lo real. O, peor aún, una creciente desconfianza y pérdida de interés por todo compromiso con lo propio común que termina en el “sólo querer vivir el momento”, en la perentoriedad del consumismo. Esta actitud fomenta una cierta ingenuidad valorativa. Y vivimos un momento histórico en el que no nos podemos permitir ser ingenuos: la sombra de una nube de desmembramiento social se asoma en el horizonte mientras diversos intereses juegan su partida, ajenos a las necesidades de todos. La primacía de lo formal sobre lo real es funcionalmente anestésica. Se puede llegar a vivir hasta en estado de “idiotez alegre” en el que la profecía arraigada en lo real no puede entrar; la sociedad vive el complejo de Casandra.

Hacer memoria del camino para abrir espacios al futuro

Volvemos al núcleo histórico de nuestros comienzos, no para ejercitar nostalgias formales, sino buscando la huella de la esperanza. Hacemos memoria del camino andado para abrir espacios al futuro. Como nos enseña nuestra fe: de la memoria de la plenitud se hace posible vislumbrar los nuevos caminos. Cuando la memoria no está abierta al futuro es un simple recuerdo que, si totaliza el ambiente, nos puede atrapar en una nebulosa proustiana. Si, en cambio, se intelectualiza, configura el caldo de cultivo para toda clase de fundamentalismos. La memoria conlleva siempre la dimensión de promesa que la proyecta hacia el futuro. Cuando, en el presente, hacemos memoria, entonces afirmamos lo real de nuestra pertenencia a un pueblo que camina y –a la vez- la proyección hacia adelante de ese camino.

Ante la crisis vuelve a ser necesario respondernos a la pregunta de fondo: ¿en qué se fundamenta lo que llamamos “vínculo social”? Eso que decimos que está en serio riesgo de perderse, ¿qué es, en definitiva? ¿Qué es lo que me “vincula”, me “liga”, a otras personas en un lugar determinado, hasta el punto de compartir un mismo destino? Permítanme adelantar una respuesta: se trata de una cuestión ética. El fundamento de la relación entre

la moral y lo social se halla justamente en ese espacio (tan esquivo, por otra parte) en que el hombre es hombre en la sociedad, animal político, como dirían Aristóteles y toda la tradición republicana clásica. Esta naturaleza social del hombre es la que fundamenta la posibilidad de un contrato entre los individuos libres, como propone la tradición democrática (en versiones tantas veces opuestas, como lo demuestran multitud de enfrentamientos en nuestra historia). Entonces, plantear la crisis como un problema moral supondrá la necesidad de volver a referirse a los valores humanos, universales, que Dios ha sembrado en el corazón del hombre y que van madurando con el crecimiento personal y comunitario.

Cuando los obispos repetimos una y otra vez que la crisis es fundamentalmente moral, no se trata de esgrimir un moralismo barato, una reducción de lo político, lo social y lo económico a una cuestión individual de la conciencia, sino de señalar las valoraciones colectivas que se han expresado en actitudes, acciones y procesos de tipo histórico-político y social. A modo de resumen orientativo de lo recientemente dicho se puede afirmar que la unidad del pueblo se fundamenta en tres pilares que hacen a su relación con el tiempo y que están en tensión dialéctica entre ellos.

Primero, la memoria de sus raíces. Un pueblo que no tiene memoria de sus raíces y que vive importando programas de supervivencia, de acción, de crecimiento desde otro lado, está perdiendo uno de los pilares más importantes de su identidad como pueblo.

Segundo, el coraje frente al futuro. Un pueblo sin coraje es un pueblo fácilmente dominable, sumiso en el mal sentido de la palabra. Cuando un pueblo no tiene coraje se hace sumiso de los poderes de turno, de los imperios de turno, o de las modas de turno, imperios culturales, políticos, económicos, cualquier cosa que hegemoniza e impide crecer en la pluriformidad.

Tercero, la captación de la realidad del presente. Un pueblo que no sabe hacer un análisis de la realidad que está viviendo, se atomiza, se

fragmenta Los intereses particulares priman sobre el interés común, el bien común. Entonces queda atomizado en los diversos intereses particulares que nacen de un mal análisis de la realidad que estaba viviendo. El análisis de la realidad no tiene que ser un análisis de tipo ideológico donde yo proyecto una postura previa sobre la realidad, sino ver la realidad tal cual es y de ahí sacarla. Decía alguien que la realidad se capta mejor desde la periferia que desde el centro, y es verdad. O sea, no vamos a entender la realidad de lo que nos pasa como pueblo, y por lo tanto no vamos a poder construir en el presente el coraje para el futuro con la memoria de nuestras raíces, si no salimos del estado de “instalación en el centro”, de quietud, de tranquilidad, y no nos metemos en lo periférico y lo marginal.

http://m.df.cl/llevando-consigo-la-memoria-de-las-raices/prontus_df/2013-03-14/182306.html

ÍNDICE DE PROGRESO SOCIAL

Existen muchos métodos para medir el desarrollo de los países y compararlos entre sí, con el fin de estudiar cuales son las razones que explican que unos progresen y otros no. El mejor hasta ahora ha sido el “Índice de Desarrollo Humano” (IDH) del Programa de las Naciones para el Desarrollo. En estos días la “Social Progress Imperative”, una organización sin fines de lucro con sede en los Estados Unidos, publicó el “Índice de Progreso Social” que mide el nivel al cual los países cubren las necesidades sociales y ambientales de sus ciudadanos. Para ello evalúa cincuenta y dos indicadores en las áreas de Necesidades Básicas Humanas, Fundamentos del Bienestar y Oportunidades. Allí se muestran el desempeño relativo de los países con la intención de elevar la calidad de la discusión acerca de las prioridades nacionales y para guiar las decisiones de inversión social.

Nueva Zelanda (88,24), Suiza, Islandia, Holanda, Noruega, Suecia, Canadá, Finlandia, Dinamarca, Australia, Austria, Alemania, Reino Unido, Japón, Irlanda, Estados Unidos, Bélgica Eslovenia, Estonia y Francia ocupan los veinte primeros puesto en el novedoso “Índice de Desarrollo Social 2014”. España ocupa el lugar 21.

Los veinte últimos son Mali, Tanzania, Yibuti, Camerún, Mozambique, Irak, Madagascar, Liberia, Mauritania, Togo, Nigeria, Pakistán, Yemen, Níger, Angola, Sudan, Guinea, Burundi, República Centro Africana y Chad (32,60).

El orden de los países latinoamericanos son: Costa Rica (que ocupa el lugar número 25 a nivel mundial con 77,75), Uruguay, Chile, Panamá, Argentina, Brasil, Trinidad y Tobago, Ecuador, Colombia, México, Perú, El Salvador, Venezuela (lugar 67 con un Índice de 63,68), República Dominicana, Bolivia, Paraguay, Nicaragua, Guatemala, Honduras y Cuba (lugar 79 con 61,07).

Como se puede apreciar a simple vista, los países exitosos son aquellos cuyos habitantes viven en libertad, en democracia y tienen instituciones respetables. Los países fracasados no tienen libertad, ni democracias saludables ni instituciones respetables. Y allí fundamentalmente está la diferencia.

Se demuestra una vez más que no son sus riquezas naturales, ni el color de la piel de sus habitantes, ni su religión predominante, ni su clima, ni el tamaño del país. Eso no cuenta. Lo que sí importa es la seriedad de sus instituciones, la calidad de la educación, una economía sana y solidaria, la densidad de su capital social.

En esa lista están resumidos los caminos que van al bienestar y al éxito. También los que conducen al desastre. En esta dirección encontrarán todo la información al respecto:
<http://www.socialprogressimperative.org/es/data/spi>.

ÍNDICE GLOBAL DE INNOVACIÓN

Uno de los factores más importantes para el desarrollo de una ciudad, una región o un país es su nivel de innovación. Aquellos lugares donde la creatividad, la innovación y el emprendimiento son altos también son más desarrollados y gozan de mayores niveles de bienestar. En cambio los lugares escasamente innovadores son lugares pobres y atrasados.

La innovación tiene que ver con la capacidad de producir cada vez más mejores bienes y servicios para el bienestar de la población, para el mejoramiento de la producción, de la gestión, del medio ambiente y de la vida en general. Es generar y aplicar nuevos y mejores conocimientos. Está vinculada a la calidad de la educación, en especial de la universitaria, de la investigación científica y tecnológica y del entorno que favorezca la creatividad y la producción de conocimientos.

Existen organizaciones que miden a través de diversos indicadores el nivel de innovación de los países del mundo. Uno de ellos es el Índice Global de Innovación (GII) publicado por la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), el INSEAD (prestigiosa escuela de gerencia de empresas) y la Universidad de Cornell. El GII clasifica a los países en función de sus capacidades de innovación y para hacer uso de sus innovaciones con resultados medibles. Son 84 indicadores que incluyen la calidad de las universidades, la disponibilidad de las microfinanzas y ofertas de capital riesgo.

Los primeros clasificados en el Índice Mundial de Innovación han establecido ecosistemas de innovación bien integrados, en los que las inversiones en capital humano, unidas a unas infraestructuras de la innovación sólidas, contribuyen al logro de unos niveles elevados de creatividad. En particular, los 25 países mejor clasificados en el Índice Mundial de Innovación alcanzan de manera reiterada puntuaciones altas en la mayoría de los indicadores y presentan puntos fuertes como, por ejemplo,

en lo relativo a la infraestructura de la innovación (incluidas las tecnologías de la información y las comunicaciones), el desarrollo empresarial, que comprende, por ejemplo, a los trabajadores del conocimiento, los vínculos con la innovación y la absorción de conocimientos, y los resultados de la innovación (por ejemplo, productos y servicios innovadores y la creatividad en Internet).

También se evalúa la calidad de la innovación. Con respecto a la calidad de la innovación (medida en función de los resultados de las universidades, la difusión de los artículos científicos y la dimensión internacional de las solicitudes de patentes), los Estados Unidos de América ocupan el primer lugar en el grupo de ingresos altos, seguidos del Japón, Alemania y Suiza. Las economías de ingresos medianos con los mejores resultados están acortando distancias en materia de calidad de la innovación, situándose China a la cabeza, seguida del Brasil y la India.

Los aspectos en que se centra el Índice Mundial de Innovación constituyen una valiosa guía para establecer políticas para favorecer los ecosistemas de innovación. Entonces ¿Cuáles son los factores que promueven la innovación? En GLL se dice: “1) Instituciones, 2) Capital humano e investigación, 3) Infraestructura, 4) Desarrollo de los mercados y 5) Desarrollo empresarial”.

En el Índice Mundial de Innovación 2014, Suiza continúa encabezando la clasificación por cuarto año consecutivo. El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte asciende un puesto, al segundo lugar, seguido de Suecia. Luxemburgo, que ocupa la novena posición, ha pasado a formar parte de la lista de los 10 primeros países clasificados: Suiza, Reino Unido, Suecia, Finlandia, Países Bajos, Estados Unidos de América, Singapur, Dinamarca, Luxemburgo y Hong Kong (China).

Venezuela ocupó el lugar 122, retrocediendo 8 escalafones en relación con el estudio de 2013, en el que se ubicó en 114 de 142 países. En la

categoría de Instituciones, en la cual se mide factores como ambiente político, estabilidad política, efectividad del gobierno, libertad de prensa, ambiente regulatorio, estado de derecho, entre otros se colocó en la posición 143. Asimismo alcanzó la posición 60 en el renglón de Capital Humano e Investigación, donde se analiza gasto de educación en el PIB, expectativa de vida escolar, rendimiento en lectura, matemáticas y ciencia, educación terciaria, investigación y desarrollo, gasto bruto en educación. En la categoría de Infraestructura, Venezuela llegó en el número 112. Allí se toma en cuenta los servicios on-line del gobierno, tecnologías de información y comunicación, participación en línea, producción eléctrica, desenvolvimiento logístico, sostenibilidad ecológica, entre otros.

En cuanto a Sofisticación del Mercado, el sitial fue el 143 en esta categoría que mide el crédito y la facilidad para obtenerlo, créditos nacionales al sector privado, préstamos brutos a microfinanzas, inversiones, protección de inversiones, capitalización de mercado, competencia de mercado, entre otros. Venezuela además arribó en el puesto 121 en la categoría de Sofisticación del Negocio, la cual estudia el conocimiento de los trabajadores, empresas que ofrecen comercio formal, vínculos de innovación, colaboración en negocios en investigaciones universitarias, absorción de conocimiento, patentes familiares, regalías y licencias de negocios, etc.

Sobre Producción de Tecnología y Conocimiento, la posición fue la 74 en este renglón que mide factores como creación del conocimiento, patentes nacionales, artículos científicos, impacto del conocimiento, gasto en software de computación, manufacturas de tecnología, etc. Por último está la categoría de Producción Creativa, donde Venezuela arribó en el sitial 108. Este renglón analiza factores como bienes intangibles, modelos de creación de negocios y organizaciones, creación de servicios, exportación de servicios culturales y creativos, largometrajes nacionales, producción en medios,

producción impresa y publicitaria, creatividad online, cargas de contenido en redes sociales, entre otros.

Cabe señalar que en América Latina, los países mejor posicionados en el ranking de este año fueron Chile (46), Panamá (52), Costa Rica (57), Brasil (61), México (66) y Colombia (68).

PARA MAYOR INFORMACIÓN CONSULTAR:

http://www.wipo.int/pressroom/es/articles/2014/article_0010.html

<https://www.globalinnovationindex.org/userfiles/file/reportpdf/gii-2014-v5.pdf>

<http://www.finanzasdigital.com/2014/07/venezuela-bajo-al-puesto-122-en-indice-mundial-de-innovacion/>